

V

Cronológicamente hubiera debido decir “el 2 de diciembre y la enfermedad”, para designar los dos obstáculos provisionales que se opusieron a mi ingreso en el Liceo. La “mano de gloria” que es la de todo escritor un poco digno de este nombre, me ha hecho escribir a la inversa y sin advertirlo yo, atendidas la necesidad de redondear la frase y la fatalidad de un final de efecto. Una lástima, ¿verdad?; minucias y bizantinismos, ¡pero lo escrito, escrito está! Sin embargo, en un trabajo como éste, que es principalmente, o no debe ser ni parecer sino exactitud, puntualidad, literalidad, paréceme indispensable punto de conciencia rectificar, aunque sea una “hermosura” o un primor de estilo, en gracia al estricto orden de los hechos, lo que yo acabo de hacer. Reanudo, pues, el hilo de mi relato.

Hacía algún tiempo que así en Metz como en París oía yo hablar a mi alrededor de cosas que me causaban mucho tedio, y que después superan la política. Cuando venían señores a casa, no hablaban de otra cosa sino de Asamblea Nacional, Presidente, conflicto, Caballería ligera, Montaña, Elíseos y Rojos. A veces soltaban nombres a cual más enrevesados o tediosamente

largos: Cavaignac, Ledru-Rollin, cuya vuelta temían; el señor de Montalembert, de quien esperaban mucho, aunque ¿no era verdad que se pronunciaba demasiado por el partido de los curas? Todo aquello había de parar en un golpe de Estado en este o en el otro sentido. Luis Napoleón, en Vincennes; o la Cámara en Mazas, o si no lo desconocido, las elecciones, la Revolución. A mí me daba lo mismo de todos aquellos hermosos discursos, y, sin embargo, descartando mi ignorancia decíame que había de ser muy interesante todo aquello cuando las personas mayores y, sobre todo, “papá”, que era para mí un dios, se animaban hasta el punto de hablar tanto y hasta gritar a veces por esa razón. Aunque, a decir verdad, nada de aquello me importaba, a pesar de todos mis raciocinios en torno a aquellos problemas, y pese también a las respuestas breves y a mi alcance que obtenía con mis preguntas verdaderamente molestas, a propósito de tales temas.

—Papá, ¿qué es eso del Presidente?

—Es el jefe del Estado, hijo mío.

—¿Y qué es el Estado?

—Pues la nación, Francia.

—¿Y qué es entonces un golpe de Estado?

Pero ¿es que yo no entendía entonces ni jota?

¡Ah! Claro que sí, que no, que no comprendía nada de todo aquello; cuando una mañana

de invierno, a eso de las diez, volvió mi padre de paseo con unos periódicos en la mano, muy excitado, él, tan tranquilo siempre, no obstante ser de un temperamento nervioso y muy acalorado, dijo:

—Se acabó. ¡Ya está aquí!

—Pero ¡el qué, Dios mío! —exclamó mi madre un poco inquieta por el tono exaltado de sus palabras.

—Pues ¿qué ha de ser? El golpe de Estado. Hoy se reúne la Cámara en Mazas. Mañana estará el Presidente en las Tullerías. La cosa es muy grave; pero parece que hay tranquilidad.

Aquella frase de “golpe de Estado”, y que mi padre, interrogado muchas veces por mí no había podido explicarle, naturalmente, a un chico de siete años, sin que el resumen que acababa de exponer lo aclarase tampoco, a pesar de hacerlo en términos tan tópicos y justos para una inteligencia al tanto de la cosa, con sólo que yo hubiera sabido lo que eran las Tullerías y Mazas, y, sobre todo, la Cámara —el Presidente, a quien yo había visto una vez a caballo, como general de la Guardia Nacional, antojábase-me que era una especie de militar en quien todos se fijaban mucho cuando pasaban—; aquella frase de “golpe de Estado”, ahora que había-se consumado la “cosa”, interesóme de pronto por su actualidad misma y formulé, ¿cuántas ve-

ces lo habría hecho ya?, mi lancinante pregunta, agravada entonces por un adverbio de tiempo, en forma al par de conjunción y de exclamación: “Entonces, papá, ¿quieres decirme qué es un golpe de Estado?” Mi padre respondiéndome muy juiciosamente: “Hijo, no me fastidies, ¿eso no te interesa, vete a jugar por ahí!” Al otro día hablóse un poco de “resistencia”, de motines parciales en París, prontamente sofocados; de movimientos insurreccionales en provincias, en algunos departamentos, el Ródano, la Nievre —el Ródano, pensaba yo, no desperdiciando la ocasión de profundizar en Geografía, cabeza de partido de Lyon, subprefectura... ¡ah, eso es!; la Nievre, cabeza de partido, Nevers, subprefectura, ¡ejem, ejem, ya se me olvidaron!— Pero todo eso es, más bien que otra cosa, artificial; el Gobierno ha atrapado a los agitadores, etcétera. Mañana volverá a restablecerse la tranquilidad y se reanudarán los negocios. Al otro día, 4 de diciembre, hacía un tiempo seco, aunque benigno, y mi madre, después de almorzar, sacóme a dar una vuelta por los bulevares. Nada, en las calles de Batignolles hasta la barrera, situada entonces entre las calles de Amsterdam y de Clichy —un poco más acá del actual emplazamiento de los grandes almacenes de novedades de la plaza de Clichy—, hablaba de revolución, ni siquiera de la menor conmo-

ción popular. La circulación era la misma, ni más ni menos que los demás días, por las ace-  
 ras y el arroyo. Carteles que habían fijado la  
 víspera en los muros del barrio atraían a algu-  
 nos lectores de los más pacíficos; las calles de  
 Clichy y de la Chaussee-d'Antin no presentaban  
 huella alguna de agitación. Todos los transeün-  
 tes iban a sus asuntos o volvían de sus diversio-  
 nes. Ni siquiera veíanse esos corrillos que sue-  
 len formarse en el París febril y, ansioso de no-  
 ticias. En el bulevar de los Italianos, un tropel  
 de curiosos, más bien que de manifestantes, obs-  
 truye a medias el tránsito y desbórdase sobre el  
 arroyo en forma de grupos, más guasones que  
 otra cosa. El gran rasgo, un tanto memorable de  
 aquella jornada que comienza, consiste en cier-  
 tas larguísimas hileras de personas, en su ma-  
 yoría bien vestidas, que van de acá para allá en  
 sentidos diversos y cantando con la música de la  
 retreta esta palabra que oigo por primera vez:  
 "*Rat poil!* (rata peluda)". Y que me hace gra-  
 cia, hasta el punto de repetirla con mi chillona  
 voz de chico. Mi madre, a quien también le hace  
 gracia, no tarda, sin embargo, en mandarme ca-  
 llar, recelando que eso de *rat poil* sea un grito  
 sedicioso. Volvemos a subir por el bulevar Mont-  
 martre, donde se repiten casi idénticas las mis-  
 mas escenas.

Como antes, la actitud de la muchedumbre no

tiene nada de fundamentalmente hostil, siendo raras incluso las burlas de sentido claramente enemigo a Luis Napoleón. Más lejos, a la entrada del bulevar Poissonnière, sube de punto el tumulto varios tonos, cantan las turbas la *Marseles* y los *Girondinos*, óyense silbidos, blusas desperdigadas únense a las "talmas" y las gorras alternan con las chisteras. Pocas mujeres; pero las que allí se veían daban muestras de mayor exaltación que los hombres en los cantos y gestos que me asustaban, siendo casi todas ellas mujeres de condición modesta y ya de cierta edad. Ni rastros de "grisetas", ni de cintas en el sombrero, ni de volantes en las faldas, ni de zapatos de raso. Las que lucían sombreros y zapatos de paño más fino, eran las más exaltadas. Aquellos espectáculos me infundían miedo, y yo me apreté contra mi madre, la cual, juzgando comprometida la situación, tomóme con fuerza de la mano y ambos retrocedimos por el bulevar de los Italianos, donde volvimos a encontrarnos con las bandadas de guasones y chuscos. De pronto, sonó un gran grito de —¡sálvese el que pueda!— y prodújose un gran remolino de gente que huía hacia la Magdalena. Por poco nos arrollan y nos tiran al suelo en aquel pánico sin motivo visible. Una tienda que estaba abierta, al lado de la casa de Roberto Houdin, quedó invadida en un segundo por una olea-

da de gente que tiraba de nosotros y al momento echaron los dependientes el cierre. En la penumbra en que nos encontrábamos, pudimos oír, durante unos minutos que nos parecieron horas, grandes clamores indistintos, galopar de caballos, pasos incontables, hasta que, por último, hizose el silencio, un silencio absoluto, que duraría unos diez minutos cuando alguien se atrevió a abrir ya la puerta. Solamente unos guardias paseábanse de arriba abajo por la desierta acera, hasta que, habiéndose dejado ya ver algunos transeúntes, creímos poder imitarlos. Mi madre y yo atravesamos a toda prisa la calle Drouot y la del Faubourg-Montmartre por donde subía la gente con una premura exenta, sin embargo, de barullo, por el lado de las calles de Nuestra Señora de Loreto y de Fuente-San Jorge, torcimos luego por la de San Lázaro, y al llegar a la calle Blanca, fuimos testigos de la detención, por algunos hombres de blusa que habían salido de una taberna, de un camión militar que conducían dos soldados de caballería, los cuales, visto que la resistencia era imposible e inútil, apeáronse al punto. No queriendo saber más, nos encontramos a poco de vuelta en la calle de San Luis, sin habernos tropezado con nada anormal. Los dos soldados de que acabo de hablar, fueron los "únicos" que yo vi en aquellas fecha tan militar, según muchos testigos,

C O N F E S I O N E S

---

del Cuatro de diciembre de mil ochocientos cincuenta y uno.